

PALOMA PEDRERO

Caídos del cielo
Magia Café

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de estas obras ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ellas dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de estas obras, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

PALOMA PEDRERO

Caidos del cielo / Magia Café

Primera edición, 2015

© De *Caidos del cielo* y *Magia Café*: Paloma Pedrero

© De los textos preliminares: sus autoras

© Para esta edición: Fundación SGAE, 2015

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño gráfico: José Luis de Higes

Maquetación y procesos digitales de edición: bolchiroservicios.com

Corrección: Mayte Vilches. Logotipo de la colección: Francisco Nieva

Imprime: Estugraf Impresores, SL

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid

publicaciones@fundacionsgae.org

www.fundacionsgae.org

ISBN: 978-84-8048-867-9

ISBN electrónico: 978-84-8048-868-6

DL: M-26162-2015

PALOMA PEDRERO

Caídos del cielo

I Premio Talía de Teatro de la UNESCO

Finalista al III Premio Valle-Inclán
como mejor espectáculo teatral de 2008

Paloma Pedrero: en la cima del conflicto

Caidos del cielo supone un cambio en la trayectoria de Paloma Pedrero. La autora inició su andadura teatral con textos de extraordinaria madurez dramática y dos únicos protagonistas, en los que el agón que enfrentaba a ambos era un irresoluble choque frontal de fuerzas antagónicas contenidas en una forma discursiva estructural de absoluta pureza aristotélica. La pericia organizativa de la trama en aquellas primeras obras dejaba traslucir años de esfuerzos y experimentación en busca del dominio de la técnica. Tras ellas se adivinaban esbozos y borradores desechados por su exigente autora, que de ese modo manifestaba un amor y una entrega a la escritura que jamás ha dejado de practicar. En aquellas primeras composiciones se apreciaba otra peculiaridad, la mirada neutral que su creadora dedicaba a las criaturas emanadas de su propio puño. En la contienda no había favoritos –como en la propia existencia no hay buenos ni malos– ni intención de aleccionar, solo deseos de mostrar la realidad tal como es, con su fugacidad y su mutabilidad, esa interacción continua entre elementos internos y externos que nos conforma y nos desconforma y nos hace retroceder y avanzar a lo largo y ancho de nuestras biografías: física y química en estado puro.

El don de un escritor radica en su capacidad de observación. Paloma Pedrero, poseedora de una prodigiosa lupa, la acercaba a la realidad para extraer fragmentos de la vida, que luego nos servía contenidos en la mágica *planura* de un papel. La diferencia entre un auténtico creador y un simple narrador es su capacidad para atrapar la vida como un pájaro se apresa en una red. Paloma Pedrero ya manifestaba esa habilidad en sus primeras obras, en las que no intentaba encontrar soluciones a los problemas psicológicos de sus protagonistas ni brindar conclusiones ni definiciones fáciles, sino captar la naturaleza de la experiencia por la que atravesaban para

después mostrar esa interrelación vaporosa y parpadeante generada por los anhelos de personas vivas en medio de la tormenta de una crisis. Del mismo modo que los seres humanos de carne y hueso siempre conservan una parte de misterio a ojos de los demás e incluso ante sí mismos, los seres de ficción de Paloma Pedrero poseían zonas boscosas en las que no podía penetrar la luz. Sus obras eran un cebo para cazar la verdad de la experiencia humana.

Ese equilibrio en la perspectiva autoral no flaqueaba en ningún momento ya desde sus inicios como autora. En *La llamada de Lauren...* (1984) no encontramos solo a un hombre casado e instalado en la treintena que se pregunta cuál es su verdadera identidad sexual, sino también a la mujer que acaba de descubrir que entre su marido y ella está abriéndose un insalvable abismo. Del mismo modo, en *Resguardo Personal* (1985) predomina esa mirada múltiple para esbozar a los dos personajes oponentes movidos por el mismo deseo de venganza. En *El color de agosto* (1987), tan desasosegada e insatisfecha resulta la Laura que, tras abandonar a María, fracasó en la vida como la propia María, que ha alcanzado el éxito, pero no ha logrado olvidar a Laura. La búsqueda de la felicidad, el dolor, el despecho y el deseo de venganza hacia quien los traicionó fueron, junto a la libertad y el intento por alcanzar la autenticidad, los temas más comunes en la primera dramaturgia de Paloma Pedrero, caracterizada por centrar su visión en los seres humanos como individuos, explorando su mundo interior a modo de metáfora sobre la imposibilidad de llegar a los demás. Solo algo los unificaba a todos, su convulsivo anhelo de vivir.

La primera obra de Paloma Pedrero fue *La llamada de Lauren...*, estrenada el 5 de noviembre de 1985 en el Centro Cultural de la Villa de Madrid, en un montaje dirigido por Alberto Wainer, en el que la propia autora, que se inició en el teatro como actriz siendo todavía una niña, representaba el papel de Rosa. En 1983 ya había escrito *Imagen doble*, que posteriormente le sirvió para gestar su obra *Besos de lobo*. La suya era una voz nueva y, al mismo tiempo, una escritura consolidada y madura que se unía al fenómeno de mujeres que comenzaban a publicar y estrenar en una España en la que hasta entonces habían estado relegadas de la vida social, cultural y pública. Sus inicios como dramaturga están vinculados a ese

momento histórico y a la creación de la Asociación de Dramaturgas, en 1986, en la que ella es uno de los miembros más jóvenes, y cuyo objetivo era impulsar la presencia femenina en las Artes Escénicas. El grupo se reunía en la antigua librería La Avispa de Madrid, que les servía como lugar de encuentro y plataforma.

Paloma Pedrero, que siempre ha entendido el teatro como un acto de comunicación con el público, defendía en aquella época lo que ella denominaba “teatro de toda la vida” (de texto y clásico), el realismo y la pieza breve como vehículo expresivo. Otros y otras practicaron la desintegración de la estructura teatral tradicional. Ella no. En aquel tiempo aseguraba que le interesaba más el ser humano que el social. Sus primeros protagonistas tenían edades similares a la de la propia autora, circunstancia que fue cambiando a medida que se iba consolidando su trayectoria. En *El pasamanos*, de 1994, Segundo y Ada ya son dos ancianos, hecho que se repite en otros textos pertenecientes a aquellos años. Ese camino de exploración que fue llevándola de lo conocido a lo desconocido desembocó también en su viaje de la preocupación individual a la general. El aterrizaje en la inquietud social es evidente ya en *Cachorros de negro mirar*, de 1995, en la que explora cómo el fenómeno del nazismo se apodera de una juventud que crece sola y desamparada por unos padres atareados en ganar dinero y nada preocupados por destinar su tiempo a educar a sus retoños dotándolos de ideales.

Esa sensibilidad social continuó manifestándose en *Ana el once de marzo*, en la que sus protagonistas, tres mujeres llamadas Ana, vivían los estragos del brutal atentado perpetrado por terroristas islámicos que asoló Madrid en marzo de 2004. Paloma Pedrero daba en ella un paso más en su evolución dramática, incluyendo el monólogo como procedimiento expresivo para sustituir su habitual fórmula del cuerpo a cuerpo frontal y descarnado.

Caídos del cielo es, temática y estructuralmente, el culmen de la cristalización de ese cambio. “Es una obra sobre gente sin techo interpretada por gente sin techo mezclada con actores profesionales”, dice la propia Paloma Pedrero. La sensibilidad social está más presente que nunca en sus páginas, así como la ruptura con la estructura clásica y lineal con la que arrancó su autoría dramática. La obra fue concebida a raíz de un hecho real (la muerte de Rosario Endrinal, una

vagabunda que dormía en un cajero de Barcelona, quemada por tres muchachos), y su escritura estuvo vinculada desde sus inicios a su posible montaje: la autora trabaja desde hace años con grupos de personas sin hogar a los que el teatro sirve como vehículo de reinserción social y espiritual. ¿Por qué no escribir un texto sobre aquella mujer y todos los que se encuentran en su misma situación? ¿Por qué no hacer que lo protagonizaran ellos mismos? La idea puso en marcha el proyecto.

Caidos del cielo es un juego metateatral de cajas chinas: cuenta una historia, el proceso mediante el cual va elaborándose esa historia y la narración pormenorizada de cómo la ficción termina hecha representación teatral a manos de sus propios protagonistas, los sin techo. Ficción y realidad se encadenan en un vertiginoso juego de planos narrativos en los que verdad y quimera se funden: la escritora y directora álter ego de Paloma Pedrero que escribe la historia y organiza el montaje, la mujer asesinada y su círculo familiar y emocional y los desposeídos que ejercen de eventuales actores. La obra es coral, todos los personajes sirven para narrar la historia de Rosario Endrinal, que ejerce de espina dorsal estructural, pero a la vez narran su propia trayectoria, son recreados o incluso desdoblados. La unidad de espacio y tiempo que primaba en las obras de Paloma Pedrero ha sido sustituida ahora por la multiplicidad. El estudio de la escritora, la sala de ensayos, el cielo, el escenario, el descampado... los lugares de la acción son diversos y simultáneos y el tiempo no es lineal, discurriendo sin orden ni concierto mediante elipsis y transiciones en una anacronía que agiliza el ritmo narrativo y conduce al lector/espectador a la continua sorpresa. Monólogos y enfrentamientos cuerpo a cuerpo se alternan, alcanzando los parlamentos de los personajes unos niveles de desgarró poetizado que contrastan con el gris enlucido de su realidad. El conflicto, eje central de la dramaturgia de Paloma Pedrero, se mantiene en la obra, aunque multiplicándose: los personajes chocan con su entorno, con otros personajes, con ellos mismos... Miedo y deseo se mezclan a partes iguales, belleza y fealdad, enfermedad física y mental, solidaridad y violencia, esperanza y desesperanza. El texto es un estallido de fuegos artificiales iluminando el vacío, una consecución de vasos comunicantes en la que asoman diferentes mundos sobre la base de

una misma realidad, un fogonazo de sangre estrellándose contra la inmaculada blancura de una pared.

“El problema de la Tierra es que no hay sitio para que jueguen los adultos revoltosos. Ahora que lo pienso, eso es el Teatro”, dice la autora a través de uno de los personajes de la obra, para añadir en páginas posteriores: “el arte tiene la función de despertar conciencias”.

Caídos del cielo es mucho más que una historia, mucho más que una representación teatral.

Lean, vean y juzguen.

Juana ESCABIAS

Palabras de la autora

Esta obra nace a partir de mi experiencia impartiendo un taller de teatro a personas sin hogar. Comencé con ellos hace aproximadamente nueve años, invitada por Carmen Sacristán, presidenta en aquel momento, y alma, de la Fundación RAIS. Durante este tiempo he pasado por diferentes momentos con ellos, también han pasado diferentes personas por mí. Algunas, tristemente desaparecidas, pero inolvidables. Otras, cuyo tránsito por el teatro fue efímero. Y otras que fueron conformando un grupo más o menos estable con el que pudimos comenzar a pisar los escenarios. Primero, hicimos lecturas dramatizadas para algún evento de la RAIS. Después, presentaciones de libros teatralizadas. Más tarde, alguna obra corta en la que los actores ya se atrevían a soltar el papel en ciertas escenas. Llegó un momento en que el grupo necesitaba crecer, hacer algo significativo, expresar su realidad... Fue cuando se decidió poner nombre al grupo. En una tormenta de ideas ganó el de “Pacientes Ambulantes”. Nombre con humor, pero también representativo de un sentimiento muy común entre hombres y mujeres que han tenido la calle como compañera de camino. Ellos están fuera de los lugares cerrados. Casi siempre sufren alguna enfermedad, por lo que son pacientes. Pero también deambulan con paciencia entre ciudadanos ocupados a los que les cuesta echar una simple mirada. “Deme algo, por favor, aunque sea una bronca”. Esto les decía a los transeúntes un chico pobre de la Gran Vía. Me lo contó uno de los miembros del grupo y lo metí en la obra. Porque, llegado el momento de sentirnos como grupo y de tener nombre como tal, llegó el momento también de plantearnos qué contar, qué queríamos decirle al mundo.

Un par de años antes, todos lo recordábamos bien, en un cajero de la Caixa de Barcelona, unos adolescentes habían quemado viva a

Rosario Endrinal, una dama rota que dormía allí. La trágica historia de Charito, como la llamamos ahora, nos había impresionado vivamente, y alguien, quizá yo misma, sugirió hacerla protagonista de nuestra obra. Así nació el primer debate sobre *Caidos del cielo*. Debate en el que los Pacientes Ambulantes aportaron sus ideas, sus vivencias y, más tarde, sus improvisaciones con franca generosidad.

Llegó el verano de 2007 y me encerré. Era el momento de ponerse a escribir, de intentar meter en un texto dramático todo ese mundo trágico y complejo de las personas que un día se quedaron sin hogar. Pero no solo se trataba de eso. Yo quería que esta obra, inspirada en ellos, fuera para ellos. Para Paloma, José Luis, Luisa, Miguel, Rubén, Yolanda, Francisco, Felipe... Quería que todos se sintiesen representados, que todos tuvieran sus parlamentos, su importancia en el reparto. Mi deseo y el miedo se dieron la mano. Pero ¿podrán?, ¿seguirán viniendo?, ¿estarán cuando abramos el telón?

Ni que decir tiene que mis queridos alumnos son personas especiales. Cada uno con sus rasgos, con sus peculiaridades, con su temperamento. Pero, si hay algo que une a las personas que un día cayeron en lo más hondo, es su falta de autoestima, su sensación de no poder, su miedo a enfrentarse a cualquier reto que requiera compromiso total y disciplina. Ellos lo harán, me dije. Y me puse manos a la obra. Fue un proceso durísimo. Demasiadas cosas a tener en cuenta a la hora de escribir. Tenía sus rostros y sus cuerpos en mi mente, sí, pero también sus debilidades. Tenía que conjugar demasiadas piezas. Para colmo de males, el vecino de abajo se puso a hacer una obra interminable. Y, como escribir al ritmo de una taladradora ya era demasiado, mi horario se restringió al tiempo que no estaban los operarios destruyendo mis neuronas con martillos y sierras. Todo lo que sentía, todas mis neuras fueron apareciendo en el texto. Me colé en él como personaje, quizá para resistir. Y ella, Charo Endrinal, la mujer quemada en el cajero, apareció una noche para echarme un cable. Al final, como ella dice en la obra, fue entre las dos que la escribimos, así, a medias. Pero ella, que no es modesta, añade que puso el corazón. El corazón de todo.

Lo que ocurrió después fue un ataque de fortuna. Le pasé la obra a Marcos de Quinto, presidente de la Fundación Coca-Cola y gran

amante del teatro. También a Pedro Antonio García, el director de la misma. Y ambos se entusiasmaron con la idea de patrocinarla para el montaje. El productor Robert Muro ya estaba ahí. También Raúl Barrio, mi músico favorito, y Rus, el genial voluntario del grupo. Otros, gente diferente, como los mejores, se fueron sumando para llevar a cabo esta maravillosa locura, la de poner en escena una obra sobre gente sin techo interpretada por gente sin techo mezclada con actores profesionales.

A partir de ese momento, comenzó un taller en el que, para sintetizar, a los Pacientes Ambulantes les llamamos “los PeAs”, y a los Actores Profesionales, “los APes”. Un taller del que salió el grueso del reparto.

La suerte nos siguió acompañando. Invitamos a la subdirectora del Festival de Otoño a un ensayo del taller, e, impresionada con el trabajo del grupo, decidieron programarnos. Gracias.

A día de hoy, estamos en pleno proceso de ensayos. En este momento ha habido alguna baja entre los PeAs. Pero estoy segura de que la mayoría llegará al estreno en el Teatro Fernán Gómez. Y también de que los que lleguen serán otros después de esta experiencia. Todos seremos otros, sin duda. Pero ellos, los que consigan estar sobre el escenario el día 30 de octubre, habrán logrado por fin terminar algo grande. Importante para ellos y para la sociedad. Y el público, además, disfrutará de su talento y sensibilidad únicos. Verá lo que es capaz de hacer esta gente luchadora.

No quería contar tanto en estas palabras, pero las estoy escribiendo en un momento muy especial. Quizá en uno de los momentos, artísticamente hablando, más importantes de mi vida.

Yo siempre he estado del lado de los perdedores. Y siempre me han interesado profundamente sus vidas, me han parecido especialmente poéticas. Escribir sobre ellos ha sido hermoso, pero estar con ellos durante tantos años, dirigirles ahora para la puesta en escena de la obra, está siendo un regalo de los dioses. No es nada fácil, lo confieso. Pero ¿hay algo que merezca realmente la pena que sea fácil?

Muchos de los Pacientes Ambulantes, cuando se les pregunta qué querrían decir a la sociedad, contestan: “Que somos personas”.

Son personas, claro. Y artistas.

Nota para después de la nota

Y estrenamos. Y, como si de un prodigio se tratase, todos estuvieron allí en su momento, vistiendo las palabras con su cuerpo y con su alma, dando aliento a personajes que no eran ellos, ni hablaban como ellos, aunque al público le pareciera imposible que no lo fueran. Solo tuvimos que sustituir a la paloma. La paloma blanca, la que había ensayado, al llegar al gran Teatro Fernán Gómez sufrió un ataque de pánico y dejó de volar en el escenario. Hubo que buscar con urgencia una paloma más tranquila, en este caso negra, que lo hacía de maravilla aun sintiéndose observada. El éxito fue mucho más grande de lo que esperábamos. La gente que veía el espectáculo no daba crédito al nivel artístico que tenía, a la fuerza y autenticidad, a la originalidad. Incapaces, además, de distinguir entre actores sin hogar y actores profesionales.

Aquello era diferente, sí, era mejor. En el corredor exterior del Fernán Gómez dormían bastantes personas sin casa a las que los actores invitaron a ver la obra. La gente que venía al teatro dejó de ignorarlos, tenemos documentos gráficos que muestran cómo el público al salir se paraba a charlar con los sin techo de las inmediaciones del teatro. Y todos los que allí estábamos supimos que aquello tenía un sentido. Un sentido.

El Festival de Otoño arriesgó y mereció la pena. El Teatro Fernán Gómez nos pidió hacer temporada como Compañía. Y allí estuvimos unas semanas en las que ningún actor o actriz llegó tarde o mal, en las que todos hicieron su calentamiento antes de comenzar la función, en las que los lazos de afecto y complicidad se apretaron. A la obra le dieron el Premio Talía de la UNESCO, de Madrid. Y fue finalista al Premio Valle-Inclán, compitiendo con los mejores profesionales de la escena española de esa temporada. Otra alegría fue que una compañía alemana de personas sin hogar me pidió la obra para hacerla en Berlín, y allí se estrenó también.

Mucho más de lo esperado. No sabía yo si aquello iba a gustar o no. Pero de lo que sí estaba segura, y lo cuento en la nota anterior, es de que aquello era algo especial. Hecho desde la consciencia y el compromiso. Sin egos y con mucho amor.

Luisa no pudo estrenar, cayó en picado y las drogas la vencieron. Pero su personaje dice en la obra, “a ver si esto lo pudiera

acabar...”. Y de algún modo lo acabó, porque Luisa iba al teatro todas las noches y, a su manera, dejaba constancia de que aquello también era suyo.

El resto de los actores sin hogar salían de camerinos al acabar la función, guapos, repeinados y sintiéndose personas que pueden dar. Dar: lo que más cura.

Las críticas nos pusieron por las nubes sin ningún tipo de condescendencia. Y allí, en el cielo, vivimos una temporada. Caídos y levantados. Haciendo de la vida una maravillosa obra de teatro.

Paloma PEDRERO

Caídos del cielo

*Estrenada el día 31 de octubre de 2008 en el Teatro Fernán Gómez
de Madrid, en el marco del Festival de Otoño*

Reparto

CHARITO	Rocío Calvo / Chiqui Fernández
ESCRITORA	Blanca Rivera / Ana Chávarri
VIOLETA	Paloma Domínguez
ABELINO	Manuel Fernández
JATO	Manuel Mata
AMADEO	Carlos Piñeiro
FÉLIX	Felipe Pérez / Ramón Linaza
LUIS	José Luis Álvarez / Ramón Linaza
MARCELO	Rubén Sosa / Luis Mottola / Bernardo Anaga
MANUEL	Yolanda Sola (La Pompy) / J. M. López
ANTONIO	Francisco Velasco
NATALIA	Mercedes Lur
MARIDO DE CHARITO	Manuel Mata
CONTRATISTA	José Luis Álvarez / Ramón Linaza
MARÍA	Paloma Domínguez
CHICO JOVEN	Salvador Borrego
GUARDIAS	Fco. Velasco / José L. Álvarez / Ramón Linaza
DIRECCIÓN	Paloma Pedrero

1. ESTUDIO DE LA ESCRITORA

La Escritora está trabajando en su mesa. En un momento, levanta la vista y la dirige al centro del escenario. De la penumbra comienzan a salir personajes. Se acerca a ellos. Mira a Amadeo Lanza y le dice:

ESCRITORA.— Empezamos. Amadeo, cuando quieras.

□Luz!

2. SALA DE ENSAYOS

Con su escenario, sus focos, sus sillas de tijera para el público. Amadeo Lanza, “el nunca parado”, está sobre el escenario.

AMADEO LANZA.— Buenas noches, estimado público, aquí tienen a un hombre anormal. Un hombre que no ha podido entrar en el juego. El juego ese de lo que deben ser las cosas... Estudiar, encontrar un trabajo, una mujer, casarte, tener hijos... Verte con la familia en los bautizos, comuniones, bodas y enfermedades, visitar a los padres los domingos, heredar. No, no digo yo que no me hubiera gustado... Al contrario, me pasé los primeros cincuenta años de vida siendo un desgraciado. Sí, es verdad. Hasta hace nada, cinco o seis años, yo quería a toda costa ser un tipo normal. De hecho, me pasaba el día intentándolo. Sin darme cuenta de que no tenía nada que hacer, de que llevaba la marginalidad en la sangre. Sí, ya sé que todo se puede cambiar, eso nos decimos todos para consolarnos. Pero yo, ahora que soy lúcido,

ya no lo creo. Lo que yo creo es que no sabemos lo que queremos ser. No sabemos. Entonces, lo que hacemos es luchar por ser como son la mayoría. Estar dentro. Jugar al juego de todos. Tener. Pero, compañeros, ¿qué tiene que ver el ser con el tener? Yo soy, vosotros sois, y, sin embargo, ninguno de los que estamos aquí tenemos nada. Somos lo que la sociedad llama indigentes, mendigos, vagabundos, *clochards*, basura. Somos gente sin tarjeta. Yo ahora sí que tengo. Desde que caí en la cuenta de que nunca lograría tener nada, me hice tarjetas. Estuve unas horas recitando poemas en el metro, lo justo para sacarme unos euros y hacerme unas tarjetitas en la imprenta. Aquí están: Amadeo Lanza. De profesión: nada. Dirección: diversos albergues en invierno, la calle en verano. Teléfono: el de la esperanza. Correo electrónico: *arrobaarrobaarrobaapuntoes*. Esto es lo que tengo. Mi tarjeta de presentación y mis sonetos. Los sonetos los escribo en papel de reciclaje y los regalo. No quiero guardar nada. No quiero llevar encima más peso que el de mi corazón. También llevo mi felicidad. Sí, ahora, desde hace unos añitos soy feliz, entre comillas, claro. No menos feliz que los otros. Los que tienen que llamar a una empresa de mudanzas para moverse. Pero me costó, ¿eh? Como os decía, yo las he pasado putas. No sé quién es mi padre. Mi madre no era buena y el único hermano que tengo me niega. Creo que ya ni se acuerda de que existo. Es ingeniero de caminos. En serio. Como yo, yo también soy ingeniero de caminos, calles y hembras. Lo de hembras lo digo con todo el respeto. Porque no hay nada mejor en el mundo que recorrer el camino de una mujer hasta perderte. Yo ahí me perdí mucho. Mucho. Me he enamorado de putas, de yonquis, de vírgenes, hasta de casadas de bien. Porque, aquí donde me veis, desdentado y viejo, yo he sido un tipo cañón. Un cañón perdido. Un indigente amoroso, un idiota. Así que ellas, mis adoradas chicas, siempre han acabado aparcándose en un comedor de beneficencia. ¿Qué le vamos a hacer? De todos modos, no pierdo la esperanza. Si alguna de las presentes quiere dulzura, aquí está Amadeo Lanza para dársela. Matrimonio ya no. Yo ya solo quiero papeles para escribir los sonetos.

Sí, soy un tipo raro, no cuadro ni aquí. No cuadro, no soy alcohólico ni yonqui ni negro ni esquizofrénico, ni siquiera voy de mala racha. Estoy en lo mejor de la vida. Por fin no soy un parado. Después de veinte años sufriendo esa carta de presentación, buscando curro día tras día, sufriendo la solanera de los eventuales días en el andamio, ya no soy un parado. Me borré. Ahora soy yo: Amadeo Lanza, persona. De profesión, nada. Una delicia. Ahora me voy cuando tengo que irme. Pero sin prisa. Llego sin prisa y me voy sin prisa. Me levanto pronto y salgo a la calle. Observo. Observo a los viejos, a los niños, a las palomas, a las madres... Paso horas en los parques. Y después escribo sonetos. ¿Que por qué sonetos? Porque tardo más que cuando escribo verso libre. Y ya os he dicho que ahora tengo tiempo. Además, los sonetos, tan estrictos, me proporcionan orden interior. Lo que antes no tenía. Antes, cuando era un parado, andaba siempre de acá para allá, sin rumbo, deprisa. Hoy todo lo hago despacio y escribo un soneto métricamente perfecto todos los días, cuando comienza a caer el sol. Por cierto, aquí tengo el último. Es para la mujer que quemaron en el cajero, en su honor. *(Saca un papel del bolsillo, lo abre y lee con énfasis poético)*

La sombra sutil de las candilejas.
 El raro sendero del laberinto.
 El furtivo mensaje del instinto.
 La casa empezada por las tejas.
 Si quieres, las comes, si no, las dejas.
 El salto equivocado sobre el plinto.
 El aroma agri dulce del Jacinto.
 La especie más humana entre las cejas.
 El pálpito del águila en el cielo.
 Una flor rota en el cenicero.
 Alguien gritando el último te quiero.
 Una obra teatral tomando vuelo.
 Un sol feroz enredado en su pelo.
 Una mujer, un lío, un aguacero.

Prende fuego al papel. El humo se eleva. Los compañeros le aplauden efusivamente.

Gracias. Gracias. Qué buenos son los aplausos. *(Con humor)* Yo vengo aquí porque nos aplaudimos unos a otros todo el tiempo. *(Le aplauden más)* Un poco más, compañeros. *(Todos lo hacen)* Bravos, por favor. *(Todos gritan bravos)* Vale, vale, que si exageráis no me lo voy a creer.

Oscuro.

3. EN EL CIELO O SU ANTESALA

Un lugar paradisíaco. Quizá una playa, con sus hamacas, daiquiris y el rumor del mar. Podría haber camareros que leen el pensamiento y sirven a los clientes sin tomar nota. Es un lugar según el sueño de cada uno.

CHARITO.— *(Girando sobre sus pies)* ¡Una flor rota en el cenicero!
¡Una flor rota en el cenicero...!

ABELINO.— ¿Qué haces?

CHARITO.— ¡Me están recordando! ¡Me están recordando, Abelino!

ABELINO.— Normal, llevas poco tiempo aquí. Será tu madre. O tu hija.

CHARITO.— No. No es a Marta a quien siento. Mi pobre niña no quiere ni acordarse de mí... Menudo peso se ha quitado de encima. La fuerza me viene de otro lado.

ABELINO.— Sí, estás más nítida que nunca. Yo, sin embargo, siento que me estoy borrando.

CHARITO.— No digas eso.

ABELINO.— Es natural, mujer, se van olvidando. Y cuando nos olvidan, desaparecemos para siempre.

CHARITO.— Ya.

ABELINO.— Es una lástima, ¿verdad?, porque esto mola. *(Hace un gesto y saca mágicamente dos cigarros. Los encienden)* Dime, ¿y quién te tiene así si no es tu hija?

CHARITO.— No lo sé. Es una mujer desconocida. Creo que quiere escribir sobre mí.

ABELINO.— ¿En serio?

CHARITO.— Sí, y está dale que dale pensando en mí. Fíjate, sin conocerme y va la tía y me quiere.

ABELINO.— Eso es cosa de artistas, que están trastornados.

CHARITO.— No te imaginas qué obsesión tiene conmigo. Me ha hecho hasta un poema.

ABELINO.— Tú acabarás siendo famosa ahí abajo.

CHARITO.— Ya lo fui. Lo que pasa es que no me gusta por qué lo fui.

ABELINO.— Bueno, mujer, al menos tu caso salió en todos los periódicos.

CHARITO.— Ella, la escritora, me va a sacar más bonita. Como fui de verdad, colega, no como finalicé.

ABELINO.— A mí siempre me has parecido bonita.

CHARITO.— No me mires así, Abe, ya sabes que aquí no hay de eso.

ABELINO.— Quizá ese es el castigo.

CHARITO.— ¿El castigo? Para mí el castigo siempre ha sido el amor de los hombres. Ahora, sin deseo, estoy en la gloria.

ABELINO.— Yo no estoy de acuerdo. ¿Por qué tenemos que estar sin la cosa sexual?

CHARITO.— Porque estamos muertos, Abelino. Y los muertos aquí, como en la tierra, dejan de tener deseo.

ABELINO.— Pues no me parece justo. Yo creo...

CHARITO.— Chis, calla, que me está pensando otra vez. Calla, que quiero escuchar.

Oscuro.

4. PARQUE EN EL ESCENARIO

Violeta, la actriz que representa el papel de Charito en la obra, está sentada en un banco con su radiocasete. Tiene la música a todo volumen. Entra Chico joven y la observa esquinadamente.

VIOLETA/CHARITO.— ¿Qué miras? ¿Tengo monos en la cara?

CHICO.— (*Asustado*) No, señora.

VIOLETA/CHARITO.— No me mires así. Oye, ¿no serás tú de la pandillita de los mamarrachos que...?

CHICO.— Yo no. Yo me voy...

VIOLETA/CHARITO.— Ven aquí, guapo, ven, ahora que estás solo.

CHICO.— (*Corriendo*) Déjeme en paz...

VIOLETA/CHARITO.— (*Tirándole una moneda*) Toma, muñeco, para que te compres una chuchería...

Se enciende la luz de la sala.

ESCRITORA.— Vale, chicos, vosotros muy bien. Pero no me gusta. No sé por qué, pero no me convence la escena.

ACTOR/CHICO.— Pues la has escrito tú.

ESCRITORA.— Sí, pero creo que ella no era así. Además, esto no aporta mucho a la historia.

VIOLETA.— Es una presentación de los asesinos, ¿no? Ellos ya llevaban tiempo acosándome...

ESCRITORA.— (*Preocupada*) Creo que sí. Pero no lo sé.

ACTOR/CHICO.— Esos descerebrados antes de atacar merodean. Y yo la miro mal, la miro como diciendo: “ya verás cuando esté con mis amigos; te vas a enterar, guarra”.

ESCRITORA.— Esa es la idea... Bueno, vamos a dejar esto por hoy. Vamos a otra escena.

LUIS.— Escucha, jefa, creo que tenemos que recapacitar. Nos queda poco tiempo y deberíamos saber qué es lo que queremos decir, ¿no?

ESCRITORA.— Claro.

LUIS.— Entonces, ¿tendremos que preguntarnos qué quiere saber la gente de nosotros?

JATO.— Nada, tío, no quieren saber nada.

LUIS.— No estoy de acuerdo.

AMADEO.— Yo tampoco. Hay gente a la que le interesa saber quiénes somos.

VIOLETA.— A la gente le gusta saber cómo caímos. Les da morbo.

MANUEL.— Yo no he caído.

JATO.— Vale, colega, tú estás en lo más alto. Pero algunos no tenemos esa suerte.

ESCRITORA.— A mí me gustaría que la gente corriente se viera reflejada en esta mujer; que la miren y se vean.

LUIS.— Pero ¿quién se va a identificar con una mujer con ese final?

ESCRITORA.— Eso es lo que queríamos denunciar, ¿no? En eso quedamos.

AMADEO.— A mí, si puede ser, me gustaría hacer un monólogo. El mío.

MANUEL.— A mí también. Yo no soy un fracasado, yo siempre estoy a punto de tocar la gloria...

ESCRITORA.— (*Agobiada*) Lo siento, pero no se me ocurre cómo hilar tantas historias. Tenemos que centrarnos en una sola. La de Rosario Endrinal.

LUIS.— Pues siento decírtelo, *dire*, pero la vida de esa mujer no tiene vuelo.

VIOLETA.— Es por mi culpa. No sé qué me pasa con este personaje.

JATO.— (*Con ironía*) Sí, es por tu culpa, tú, con tal de ser el centro del universo... Vamos, consoladla. Pobrecita, pobrecita...

VIOLETA.— Cállate, Jato, y lávate los ojos.

JATO.— (*Agresivo*) ¿Qué has dicho?

VIOLETA.— Que te jode no ser tú el protagonista. Eso es lo que quería decir.

MANUEL.— A mí también. A mí me jode no ser el protagonista.

Hay revuelo, diversidad de opiniones.

ESCRITORA.— (*Nerviosa*) ¡Vale! Está bien... Quiero que entendáis una cosa, porque, si no, no podremos continuar. Todos y cada uno de vosotros sois ella. Todos podéis ser la víctima de cualquier desalmado. Todos podemos terminar así.

JATO.— ¿Podemos pensarlo fumándonos un cigarro afuera?

ESCRITORA.— Vale. Diez minutos.

Oscuro.

5. ESTUDIO DE LA ESCRITORA

PENSAMIENTO DE LA ESCRITORA.— (*Escribiendo*) Esto es un bodrio. ¿Para qué me meteré en estos embolados? Sí, sí, quiero escribir sobre ellos, pero ¿para qué? A la gente no le interesa... Pero ¿por qué? Piensan que son gentuza. Que son violentos. No es verdad.

Ellos no son los que matan. Ellos no cierran los psiquiátricos y echan a los enfermos a la calle... Ellos no tienen poder. ¿Les gustaría tenerlo? No, no creo, son de otra pasta. Están rotos. No corrompidos. Están rotos. Y se les ve. Se les ve en la cara, en la boca... No pueden disimular su parte oscura. Fíjate en sus manos, oscuras, hasta los más blancos las tienen oscuras. Es la calle, el sol... El puto sol. Se les ve la parte oscura que los demás ocultamos. *(Pausa)* □Tenemos que hacer una cosa digna! Tienen que demostrar de lo que son capaces. Pero ¿podrán? ¿Vendrán? ¿Aparecerán cuando entre el público? Se pierden... Se pierden por el aire, como los molinillos de viento... ¿Dónde se meten? ¿Qué se encuentran? □Dios, qué lío...! Y ahora quieren cambiar el argumento. Hablar de ellos, de lo suyo. ¿Y cómo escribo yo eso?

Charito, como caída del cielo, aparece detrás de ella.

VOZ DE CHARITO.— Estás bloqueada. Tienes miedo.

PENSAMIENTO DE LA ESCRITORA.— *(Aturdida)* ¿Eh?

CHARITO.— Qué sentimiento más malo, ¿verdad? Si no merece la pena, mujer. Mira, nos pasamos la vida sufriendo a lo tonto... Que si me quieren, que si no me quieren, que si valgo, que si no valgo, que si tiro por aquí, que si tiro por allá, que si tengo que escribir, que si no me sale...

ESCRITORA.— ¿Te quieres callar?

CHARITO.— ¿Por qué? Si soy yo.

ESCRITORA.— ¿Quién?

CHARITO.— Yo, preguntona, que lo quieres controlar todo.

ESCRITORA.— Claro. Y si no controlo yo, ¿quién controla?

CHARITO.— ¿Ves? Ya está hablando la señora Dios. Pues no eres Dios, bonita. Eres solo una escritora al borde del abismo. ¿Por qué no te relajas?

ESCRITORA.— Vale, y tú me escribes la obra.

CHARITO.— Mira, parece que nos vamos entendiendo...

Oscuro.

6. EN EL CIELO

ABELINO.— Qué rico es este *whisky*. ¡Abelino, lujo divino! Y encima solo coloca lo justo y no afecta al hígado. Si llego a saber antes que morir se era esto... Aquí solo venimos los buenos.

CHARITO.— (*Riéndose*) Venga, no me hagas reír. ¿Tú y yo buenos? ¿Sabes lo que creo? Que aquí estamos los que... los que cometimos un error muy grande y, después, el destino nos lo devolvió. El error, digo.

ABELINO.— Debe de ser. Como todo es tan misterioso... Aquí nadie sabe nada.

CHARITO.— ¿Para qué? Con lo bien que se está sin saber. Por eso no hay sufrimiento.

ABELINO.— Por eso y porque ya somos inmortales, Charito. Pero a mí me da que estamos aquí por algo. Que esto no es el final del final.

CHARITO.— Como no hables más claro...

ABELINO.— He visto llegar a gente que desaparecía inmediatamente. Pero sin ir borrándose. Desaparecían como por arte de magia. Enteros. Sin embargo, otros llevamos ya mucho tiempo y...

CHARITO.— (*Sube la música*) ¡Escucha, esta canción me encanta! Ven, Abe, vamos a echar un bailecito.

ABELINO.— ¿Qué dices, loca?

CHARITO.— Vamos, baila conmigo, Abe, que tengo una marcha... (*Le agarra y le mueve*)

ABELINO.— ¡Para, para...! A mí no me piensan, Charito, ¡no tengo fuelle...!

CHARITO.— No te preocupes, a veces la gente te olvida, pero luego... te vuelven a recordar.

ABELINO.— Es que yo no tengo hijos ni padres ni nada.

CHARITO.— A veces te lloran los que menos imaginas.

ABELINO.— Si sirviese los que lloran de alegría...

CHARITO.— (*Misteriosa*) ¿Por qué no bajas?

ABELINO.— ¿A qué?

CHARITO.— A ver. Se puede bajar.

ABELINO.— Sí, lo sé. Pero yo no tengo nada que hacer ahí abajo. Además, muchos no vuelven.

CHARITO.— (*Bajando la voz, misteriosa*) Yo he bajado, Abelino. Y he regresado.

PALOMA PEDRERO

Magia Café

Accésit XIII Premio SGAE de Teatro

Finalista del IX Premio Valle-Inclán
como mejor espectáculo teatral de 2014

Una perfecta armonía

Entre marzo y abril de 2014, la Sala Teatro Cuarta Pared de Madrid se llenó con la ilusión, la magia y el buen hacer de la ONG Caídos del Cielo, un proyecto de vida y teatro en el que Paloma Pedrero se sumergió allá por el año 2000, cuando comenzó su colaboración con la Fundación Red de Apoyo a la Inserción Social (RAIS), realizando talleres de teatro con personas en riesgo de exclusión. De tal actividad surgió *Magia Café*:

Es una obra que empecé a escribir después de impartir durante dos años un taller de teatro en el Rincón del Encuentro de RAIS. [...] Ellos, los llamados indigentes, me demostraron su extraordinaria capacidad para la interpretación y la escritura dramática, me regalaron conocimiento de la vida y del alma humana¹.

A partir de las vivencias contadas por los asistentes al taller, Pedrero compone un texto con el que da voz y presencia a sus discípulos y que contiene una crítica directa contra la especulación y la corrupción de los mandatarios públicos que arrebatan todo a los más débiles. Para llevar a cabo su propósito, imagina a Magia, la protagonista, una mujer que ha sufrido abusos, pero que no se ha dejado vencer por la vida y decide dedicar su energía a ayudar a los olvidados. Ella ha elegido vivir entre los que tienen menos

¹ Paloma Pedrero, “Notas de la autora”, en *Magia Café* (con textos de José María Rodríguez Méndez –“Paloma mágica”–, págs. 7-8, y Mónica Sánchez –“Café con magia”–, págs. 9-10), Madrid, Fundación Autor, 2005, pág. 11. Escrita con una Ayuda a la Creación de la Comunidad de Madrid, fue Accésit del XIII Premio SGAE 2004. Se mostró por primera vez en la Sala Manuel de Falla de la SGAE de Madrid en un semimontaje dirigido por Paloma Pedrero; fue representada con gran éxito en la Sala Teatro Cuarta Pared de Madrid del 19 de marzo al 5 de abril de 2014.

y desea ofrecer un lugar a estas gentes deambulantes para que puedan sentirse seres humanos; otras dos mujeres, también víctimas de su propia existencia, serán las encargadas de ayudarla; Frida, una inmigrante con antecedentes, y Amparo, una niña grande, premonitora en sus sueños de lo porvenir. Magia y sus compañeras ocupan y rehabilitan una guardería abandonada, sita en el centro de un parque público, para que sea salón de reunión y recreo de personas sin hogar ni trabajo. Es allí, en el Café, donde se produce la confrontación entre la protagonista, con su espacio recién conquistado para los seres procedentes de la calle, y el poder, representado por el alcalde, quien, aunque ha comprometido el local para la construcción de un “pequeño palacio de congresos”, está dispuesto a cedérselo a Magia a cambio de sus favores. Así, el espacio que había de ser de la dignificación, de la alegría, del entendimiento, del teatro, queda convertido, por el ataque del alcalde contra Magia, en escenario de abuso y violencia.

El lugar permite a la dramaturga poner voz a sus discípulos y a ella misma en una sesión metateatral que ya preludiaba la estructura de las dos obras siguientes de esta trilogía de los sin hogar: *Caídos del cielo* y *El secuestro* (*Caídos del cielo* 2)²; introducir una fábula dramática articulada por la relación entre Quin, el gitano canastero, y Magia y dirigir una crítica directa a los procedimientos del poder institucional abusivo. Se percibe en la obra, junto a penetrantes aromas de tragedia lorquiana, el eco de los seres grotescos que pueblan el local de *Una extraña armonía*, de Antonio Buero Vallejo, y se recuerdan en los sueños de Amparo, intercalados

² Paloma Pedrero, *Caídos del cielo*, Madrid, Huerga y Fierro, 2009, con textos introductorios de Juana Escabias (“Paloma Pedrero: en la cima del conflicto”) y Paloma Pedrero (“Caídos del cielo. ¿Por qué?”), y “Opiniones de algunos integrantes del equipo del montaje de *Caídos del cielo*”, págs. 19-22. I Premio Talía de Teatro 2008. Finalista del Premio Valle-Inclán 2009. Estrenada en 2008, en el Teatro Fernán Gómez de Madrid, dentro del XXV Festival de Otoño, con dirección de Paloma Pedrero; *El secuestro* (*Caídos del cielo* 2), en Paloma Pedrero, *Pájaros en la cabeza. Teatro a partir del siglo XXI*, edición de Virtudes Serrano, Madrid, Cátedra, 2013. Estrenada en el Teatro Bulevar de Torrelodones en 2009, bajo la dirección de Paloma Pedrero.

en la acción realista de *Magia Café*, los que tuviera el Caco, el más vulnerable de los parroquianos de *La taberna fantástica*, de Alfonso Sastre.

Con relación a esta obra y a su autora, José María Rodríguez Méndez, el dramaturgo de la generación realista tristemente desaparecido en 2009, que dedicó también gran parte de su producción a los seres más desasistidos de la sociedad, afirmaba en “Paloma mágica”:

No es fácil llevar la magia al teatro, y para ello hace falta talento, entrega y capacidad para embrujar a las gentes sencillas. [...] Paloma se ocupó de traer a su bando el universo de los indigentes, esos que van por el mundo viviendo y soñando, como decía Machado. Y que precisarán disponer siempre de una ilusión que sirva de apoyo en la vida. [...] Contra el mundo de los que se adhieren al poder y en su silencio diseñarán su reproche inexorable. Estos seres engañados necesitarán siempre creer en la verdad. La verdad como camino y objeto vital. En estos tiempos malhadados nunca ha hecho tanta falta una magia para, también hay que decirlo, vencer la maldad de los que solapadamente parecen tener como única misión en el mundo destruir las ilusiones y las esperanzas³.

Texto y espectáculo surgen, como se indica en el dossier⁴, como “una bella locura” por creer que “el teatro puede”. Y, en efecto, por lo que se apreciaba en la representación, el teatro ha podido cambiar la vida de algunas personas y convertirlas en actores y actrices de una calidad y con unos matices que los reputan como auténticos profesionales capaces de transmitir arte y emoción. La representación de *Magia Café* fue verdaderamente “mágica”. La dura batalla librada por Paloma Pedrero y su grupo de inserción social ha conseguido una clamorosa victoria; autora y discípulos han demostrado que es posible cambiar la vida a través del teatro, que este puede ser el cobijo de muchos que no lo tienen, que puede ser su hogar, que puede ser el punto de encuentro donde se reúnen como familia aquellos que carecen de ella y los espectadores que, al contemplarlos, los admiran

³ José María Rodríguez Méndez, “Paloma mágica”, en *Magia Café*, cit., pág. 7.

⁴ www.caidosdelcielo.org/ong/

y conectan con ellos, seres que pueblan las calles de las ciudades sin ser advertidos y que se hacen visibles y gratos, admirables, por su trabajo de creación.

Dirigidos por Paloma Pedrero, cada uno de los componentes del elenco derrochaba humanidad, poesía y buen hacer teatral. El espacio realista del Café, descrito en las acotaciones del texto dramático, se convirtió en espacio poético de sueños y esperanzas. La representación obedeció al deseo de su dramaturga cuando en las “Notas de la autora” (cit. 11-12) hablaba de “la música del espectáculo”, conseguida a partir de:

La soledad ruidosa, el silencio de los que ya no quieren hablar, el miedo de los que hacen solitarios con cartas [...]. Los sueños rotos de los que buscan un rincón donde dormir, los gritos de los gatos callejeros, el ruido de los que no pueden parar de moverse, el de las cucharillas constantes al fondo de una taza, el de alguna botella rota.

Pero los espectadores percibimos también el sonido de la alegría de la meta alcanzada; observamos la belleza de las personas que se habían hecho con su personaje y lo defendían sin un fallo; apreciamos la poética de la luz y de los movimientos perfectamente coreografiados y resueltos en escena. Porque al final la “música del espectáculo” resultó poseer una perfecta armonía.

Virtudes SERRANO

Sobre la puesta en escena

No pudo ser hasta el año 2013⁵. Pero fue con quienes tenía que ser. Ellos, mis “caídos del cielo”, las personas que se acercan a nuestra Fundación para hacer del teatro una forma de volver a “ser”. Eso me decía Julián Asensio por Facebook después del estreno. Escribía: “Algún día os contaré, pero lo importante es que he vuelto a ser”. Cuando se está excluido sin quererlo, cuando la desventura te abarca por unos u otros motivos, no solo dejas de tener. También ocurre, demasiado a menudo, que, al desaparecer del mapa productivo, desapareces de los otros, te conviertes en un “sin”, en un extraño, en un peligro incluso. Dejas de ser ciudadano, no eres nada en el espejo de la sociedad, lugar donde nos miramos.

En Caídos del Cielo hemos abierto el espacio a la nueva realidad. La crisis brutal que azota España desde 2008 ha hecho que personas con una vida completamente normal y sin enfermedades especiales se hayan visto sin trabajo, desahuciadas de sus casas y su identidad, desesperadas y excluidas. Los mismos profesionales del teatro viven, vivimos, en la cuerda floja. No hay trabajo. Algunos han caído y otros sobreviven sacando fuerza de su alma. Muchos compañeros jóvenes, y menos jóvenes, han tenido que volver a casa de sus padres ante la imposibilidad de pagarse su techo. Se hace poco cine, muchas menos series de televisión que antes. Eso sí, se hace más teatro. Porque el teatro tiene la suerte de necesitar apenas cuatro tablas y una pasión, y ahí es el talento y son las ganas las que están llenando espacios pequeños y nuevos. Pisos, Cafés, microlocales... Madrid, sobre todo, se ha llenado de lugares alternativos

⁵ *N. de la E.*: La autora se refiere al estreno de la obra en el Centro Cultural de La Elipa de Madrid, el 14 de noviembre de 2013, previo al de la Sala Teatro Cuarta Pared que Virtudes Serrano glosa en su prólogo.

y público joven. Toda crisis tiene su bondad, y en este caso no podía ser menos. Los artistas están en un despertar. Tienen mucho más que decir que cuando vivíamos en aquella burbuja artificial de hace unos años. La humildad también asoma. Ahora todos sabemos que la frontera entre tener y no tener es de espuma. Ahora todos podemos ser “caídos del cielo”. Y en este montaje de *Magia Café* los dieciocho actores participantes han sido igual de profesionales que de excluidos. Igual de voluntarios en dar que en tomar. Una mezcla total y preciosa.

El proceso, y por mucho que les cuente no pueden imaginarlo, ha sido durísimo desde el punto de vista de la producción. Todo comenzó cuando supimos que había que intentar poner en escena la obra. Convocamos los talleres y, paralelamente, nos pusimos a buscar ayuda económica. Los talleres se iniciaron con un número altísimo de participantes. Alumnos, profesores, voluntarios..., algunos de los cuales tuvieron que abandonar el proyecto por falta de recursos para su propia sobrevivencia. Otros, en mejor situación económica, aportaron su saber y su experiencia con clases de voz, de música, de baile, de expresión corporal... Psicólogos, pedagogos, informáticos, fotógrafos... también nos acompañaron en los cursos. Y llegó junio, final del taller, y constatamos que todos nuestros empeños por conseguir algo de dinero no habían dado frutos. En ese momento estábamos a cero euros y teníamos que decidir qué hacíamos. Por mi parte no tenía dudas: seguir adelante. Pero ¿qué pensaban todos los demás? Se lo pregunté. La mayoría, incondicional, dijo que adelante. Adelante sin un euro, sin nada. Adelante con la obra escrita y el equipo humano y artístico. Adelante con todos los obstáculos que fueran llegando. Adelante.

Si una producción “normal”, con profesionales “normales” y recursos “normales”, ya es difícil, imaginen esta. Capitanear una tropa de locos, algunos con diagnóstico formal, y otras tantas “patologías” admitidas, sin un euro, y, encima, a tantos. Veintimuchos en el barco más pobre de una travesía.

Todas las ideas iniciales de puesta en escena hube de desterrarlas, cosa de la que hoy me alegro. Si no hay nada, no hay nada. Así que fuimos a espacio desnudo. También a cuerpo desnudo, algo que probamos y que, como comprenderán, costó tanto que, finalmente, me

pareció que no merecía la pena mantenerlo. Pero el vestuario, realizado magistralmente por Gracia Bondía, se hizo con telas y trapos combinados con arte. Mucho talento y nada más en las tablas de “Magia Café”. Se produjeron también bajas dolorosas durante los ensayos (y no de los que peor estaban), hubo que soportar de nuevo la soledad, que trae hacer algo diferente, innovador, arriesgadísimo.

En el proceso tuve oportunidad de hacer una nueva dramaturgia de la obra, creo que mejorada. También de ver cómo crecían y empezaban a moverse solos aquellos personajes casi olvidados.

Personalmente, volví a gozar de la dirección. Porque, ahora, sin duda, conseguí hacer una lectura nueva de la obra que había escrito años antes. Descubrí ese texto como si no fuera mío, lo que me hizo también disfrutar al mismo paso que los otros componentes del equipo.

Y llegó el estreno, sin saber qué pasaría. Y, para asombro bonito de todos, el público se entusiasmó con esta historia tan bellamente interpretada por los actores. Nadie extrañó una escenografía ni más objetos. Todo estaba en su lugar, vestido por palabras, acciones, bailes, música. Y parecía que la obra se había escrito hoy, en esos 2013 y 2014 de desahucios, carencias y corrupciones políticas ya insoportables. Y *Magia Café* venía a cuento con sus personajes reivindicadores de dignidad, de fraternidad, de derechos humanos.

La crítica de prensa más exigente también vino a vernos y celebró el espectáculo. Pudimos hacer una pequeña temporada en la Sala Teatro Cuarta Pared, un lugar perfecto para este montaje. En todos los sentidos.

Quiero, ya que tengo la oportunidad, dar las gracias a todos los que hicieron que se produjera este milagro. En especial, a mi equipo artístico: mis ayudantes de dirección, actores, músico, iluminadora, coreógrafa, diseñadora de vestuario, de cartel y programa, fotógrafa... (todos voluntarios). Pero también a los voluntarios en la producción, a la psicóloga y al pedagogo que nos acompañaron durante todo el proceso, a los socios de la ONG Caídos del Cielo y a aquellos otros muchos que echaron un cable en este sueño cumplido.

“Siempre he confiado en la bondad de los desconocidos”, decía Blanche Dubois en *Un tranvía llamado deseo*. Yo también. Y, además, en la de los conocidos. Porque las cosas no son como son. Son como las hacemos ser.

Paloma PEDRERO

Magia Café

Se estrenó en el Centro Cultural de La Elipa el 14 de noviembre de 2013.

Tras una breve gira, volvió a Madrid (Sala Teatro Cuarta Pared)

el 19 de marzo de 2014

Reparto

MAGIA	Esperanza Pedreño
FRIDA	Ari Saavedra
AMPARO	Carolina Nevado
GITANO	José Carlos Illanes
MANDATARIO	Germán Torres
GATINA	Paula Noviel
MUDO	Antonio Romea
ROSCO	Bernardo Riaza
PAJARITO	Julián Asensio
JACARANDA	Santiago Hernández
OTRO/RUMANO	Chechu Bermejo
UNO/POETA/CALavera	Diego Ruiz
ZIDANE	Ángela Arredondo
ABUELA	Pilar Romea
HOMBRE DE LA CALLE	Rafa Martyn
ESPÍA	Pedro Fuentetaja / Pedro A. García
DIRECCIÓN	Paloma Pedrero

Sueño de Amparo

Sueña con la fecundación

En el oscuro se oye una voz infantil que dice: "Mami, mami...". Una luz onírica ilumina la escena. Amparo, una de las mujeres que regenta el Café, sale y comienza a bailar. De pronto, van apareciendo hombres y mujeres que se colocan frente a frente. Suena música tribal. Empieza una danza de cortejo y fecundación. Los bailarines son los hombres y mujeres que acuden al Café de Magia, la protagonista de esta historia. Amparo observa asombrada cómo, a través del baile, el espermatozoide, danzando frenéticamente, consigue entrar en el óvulo, formado por los cuerpos de dos ellos.

Suena el tarareo de una nana cantado por Magia.

PRIMERA ESCENA

Parque grande de cualquier ciudad. Porche de una casa baja de madera presidido por un letrero luminoso con la inscripción "MAGIA CAFÉ". Alrededor, árboles, plantas y pájaros. Mañana luminosa del principio de la primavera. En el centro del escenario, Magia, una mujer de belleza extraña y fascinante. En su rostro hay signos de una vida dura, pero sus ojos conservan toda la luz. Su forma de andar, sus ademanes tienen también el rastro de las damas.

MAGIA.— *(Tocándose el vientre)* ¿Estás ahí? Dime que sí, anda. Di algo. *(Espera, intentando escuchar un signo del cuerpo)* ☐Te has

movido! ¡Has latido aquí! (*Duda*) ¿O no? (*Espera, escuchándose*) Sí, seguro que estás, pero eres más pequeño que una almendra, que un mosquito... Oye, agárrate fuerte a mí, no te me vayas a caer, ¿eh? No se te ocurra acercarte a la puerta, que hay corriente, que hay un río... Un río que se hace sangre, cosita mía. Ni se te ocurra meter los pies... Hijo, tienes que crecer, tienes que nacer... Te necesito tanto, tanto, tanto... Agárrate fuerte a mí, almendrita, mosquito guapo, que te voy a mecer muy despacio, (*Se balancea*) como se mece un párpado, como a un dios invisible, como a un sueño... Escucha. (*Magia cierra los ojos y comienza a cantar una nana inventada*)

Frida, que ha aparecido unos segundos antes, observa a Magia en silencio. Es una mujer algo más joven que esta, con aspecto de gigantona. Su voz, con un ligero acento sudamericano, es grave y rota. Lleva un periódico en la mano.

FRIDA.— ¡Magia!

MAGIA.— (*Saliendo de su ensimismamiento*) ¿Sí? ¿Qué pasa?

FRIDA.— (*Enseñándole el periódico*) Ha salido el reportaje.

MAGIA.— (*Acercándose a ella deprisa*) ¿Qué dice?

FRIDA.— Mire, salen sus declaraciones con foto y todo, mi amor. Y habla el mandatario. Dice que la casa está en grave peligro de derrumbamiento.

MAGIA.— Eso es mentira.

FRIDA.— Algo tenía que decir.

MAGIA.— Escucha: (*Leyendo*) “Los vecinos de la zona han manifestado a este diario que las tres mujeres que viven en la antigua

guardería del parque no ocasionan ningún conflicto al vecindario. Al contrario, realizan una encomiable labor social”.

FRIDA.— ¿Se ha fijado en el titular? “Todos podemos ser indigentes. Yo también lo soy”.

MAGIA.— Es verdad, todos tenemos un pie en el pozo. (*Frida hace un gesto de incredulidad*) Un indigente, Frida, es al que le faltan recursos para defenderse del mal. Alguien al que un día le rompieron el corazón y no fue capaz de recomponerlo. ¿Quién está a salvo de eso?

FRIDA.— ¿Y quién se lo rompió a usted, mi amor? (*Magia no contesta. Lee. Frida cambia de tema*) ¿Con quién hablaba? Estaba hablando solita. (*Magia continúa leyendo*) Oiga, corazón, creo que se le está yendo la cabeza con... lo del hijo. No entiendo el afán.

MAGIA.— Tengo treinta y ocho años, Frida. No puedo esperar.

FRIDA.— Pues podía haberlo pensado antes.

MAGIA.— No, no podía.

FRIDA.— ¿Y ahora puede?

MAGIA.— Ahora sí. Ahora es más fuerte el deseo que el miedo.

FRIDA.— Y, si lo consigue, ¿dónde lo criará? ¿Aquí?

MAGIA.— ¿Por qué no? Un niño es como un ángel, nos resguardaría a todos.

FRIDA.— No mira la realidad, Magia. No se puede criar un hijo de adentro y atender a un montón de afuera.

MAGIA.— Ellos son mayores, nos ayudarán a cuidarlo.

FRIDA.— Ellos, mi amor, no pueden ni cuidarse a sí mismos.

MAGIA.— No te he pedido que tú lo quieras.

FRIDA.— No es eso, chica, no confunda las cosas. Yo solo quiero que lo piense.

MAGIA.— Pensar, pensar... Ay, Frida, tú no lo entiendes, tú no tienes el instinto.

FRIDA.— No, ese no. Pero sí sé que en la vida hay que elegir. Y usted lo quiere todo, mi amor.

MAGIA.— Déjame leer.

FRIDA.— El hijo, el Café, a mí y a...

MAGIA.— *(La mira fijamente a los ojos. Frida se interrumpe de golpe. Pausa)* ¿Y tú qué quieres?

FRIDA.— Estar a su lado.

MAGIA.— Entonces, quédate a mi lado. Sin pedir más.

FRIDA.— *(Sin poder apartar los ojos)* No me mire así.

MAGIA.— ¿Cómo te miro?

FRIDA.— Es esa vaina que le hacen los ojos.

MAGIA.— No me doy cuenta.

FRIDA.— Le salen esas chispas color violeta, le salen hacia fuera como... rayos, se lo juro.

MAGIA.— Anda, no digas bobadas.

FRIDA.— Cuando me mira así, se me mete... una cosa en la cabeza, un resplandor. A los otros también les pasa. Ande, dígame cómo lo hace.

MAGIA.— Y yo qué sé, yo solo miro con intención, con muchas ganas de conseguir algo.

FRIDA.— (*Acercándose seductora*) A ver... ¿qué quiere de mí?

MAGIA.— (*Riéndose*) Que te calles, pesada, que quiero leer el periódico. (*Frida se ríe también*) Escucha, habla el arquitecto, el que llamamos nosotras, dice que la casa no tiene ningún problema de estructura. Que es sólida. ¡Bien, este periódico nos apoya!

FRIDA.— No se haga ilusiones. Los periodistas enseguida se cansan de los perdedores.

MAGIA.— (*Que sigue leyendo*) ¡Esto está muy bien! ¡El mandatario es mío!

FRIDA.— ¿Le va a llamar otra vez?

MAGIA.— A lo mejor me llama él a mí antes.

FRIDA.— Qué fantasiosa es usted, mi amor.

MAGIA.— (*Ilusionada*) Conozco a ese hombre. Llevo meses estudiándolo. Tengo que ir preparada a la entrevista.

FRIDA.— Como que se la va a dar...

MAGIA.— Anda, doña positiva, recorta el reportaje y ponlo en el tablón, tienen que verlo los chicos.

Entra Amparo corriendo. Es una mujer de edad indefinida, pero con cara de niña, gordita y con gafas de miope. Lleva cachorros de gato en una cesta.

AMPARO.— ¡Mira, ha parido Flora! ¡Ha parido cinco niños!

FRIDA.— ¿Otra vez? Qué putón de gata. *(Se mete dentro de la casa)*

AMPARO.— ¿Puedo traerlos aquí, Magia?

MAGIA.— No, déjalos en el nido, que, si no, su madre se enfada y luego no los quiere.

AMPARO.— ¿Y tú?

MAGIA.— ¿Yo qué?

AMPARO.— ¿Cuándo te va a crecer la barriga de verdad?

MAGIA.— ¿Sabes, cielo? Anoche soñé que estaba preñada.

AMPARO.— ¡Entonces se cumple, se cumple! ¡Como en mis sueños!

MAGIA.— Tenía una panza enorme que me hacía... inmortal. Iba desnuda y todo se movía a mi alrededor como... en bandas de luz. Me habían salido alas. *(Amparo hace un gesto de sorpresa)* Sí, iba desnuda, como Eva. Y volaba sin esfuerzo. Con el viento a favor.

AMPARO.— ¿A favor?

MAGIA.— Sí, el viento me empujaba, me elevaba... ¡Volaba! ¿Te imaginas?

AMPARO.— ¡No!

MAGIA.— Atravesaba el parque por el cielo con... una facilidad...
Era un sentimiento que no he tenido nunca. Era... ¡el éxtasis total!

AMPARO.— ¿El qué?

MAGIA.— La... maravilla, cielo, la maravilla total.

AMPARO.— ¡Yo quiero soñar. Yo quiero una maravilla! Adiós, me voy a dormir.

MAGIA.— (*La agarra*) Espera. ¿Sabes una cosa? A lo mejor muy pronto me crecen las alas, Amparo, y yo te llevaré a dar una vuelta.

AMPARO.— No, jopé, yo quiero unas alas para mí sola.

MAGIA.— (*Riéndose*) Vamos dentro, tenemos que poner a cocer las yerbas.

AMPARO.— ¿Para volar?

MAGIA.— (*Levantándole los brazos entre risas*) Eso, para que nos crezcan las alas.

AMPARO.— ¡Y el viento! (*Jugando a que vuelan*) ¡Y el viento...!

Oscuro.

Sueño de Amparo

Sueña con niños nacidos y que lloran

En el centro del escenario hay una canastilla de la que sale el llanto de un bebé. También podrían ser muchos bebés y muchos llantos. Amparo, balanceándose en un columpio.

AMPARO.— ¡Mami, mami, está el niño llorando! ¡Qué pesado! Como baje... ¡Cállate! ¡Cállate ya, listo! ¡Siempre tirando de la falda de madre! ¡Cállate, abusón, que ella era mi madre antes que la tuya! ¡Que ella es madre de mil niños que no lloran! Mira, mira, ellos no tienen leche. Ellos están malitos, y no lloran.

SEGUNDA ESCENA

Es por la tarde. El Café es extravagante, pero tiene encanto. Las sillas y las mesas son de muchos colores, y pequeñas, como de niños. A un lado hay una mesa alta con tazas de loza, cucharillas, galletas y pasteles caseros. En un pequeño mueble lateral hay periódicos, revistas, libros viejos y juegos de mesa. A cada lado del techo cuelgan dos enormes columpios. Al frente, un escenario. Amparo sirve cafés y recoge las mesas sin parar. El Café está habitado por mujeres y hombres de la calle. Muchos tienen los rostros marcados por la intemperie y el desamor: barbas canas, pelos ralos y pocos dientes. Algunos duermen, otros ojean los periódicos en busca de empleo, otros hacen solitarios. Otros están calentándose o se disfrazan para su actuación. Magia entra cantando una canción. Todos callan fascinados para escucharla. Al acabar, la aplauden con devoción.

MAGIA.— (*Teatral*) Y ahora, damas y caballeros, ha llegado el momento de que alguno de ustedes se lance al escenario. Adelante. ¿Quién quiere empezar? ¡Vamos! Os recuerdo que hay un premio para el que más aplausos consiga.

JACARANDA.— (*Un homosexual afectado y gordo*) ¿Qué premio hay para hoy, reina?

AMPARO.— Una botellita de licor de santo. Especialidad de la casa. (*Se oyen voces festejándolo*)

PAJARITO.— (*Un hombre joven y consumido, con signos de heroína, no sabemos si del pasado o también del presente, despabilándose*) Eh... ¿qué pasa? (*Se levanta y camina sin mucho equilibrio*) Salgo yo.

MAGIA.— Hombre, Pajarito, ven para acá. ¿Qué vas a hacer hoy?

Pajarito se sube al tabladillo.

PAJARITO.— Monólogo, no estoy para nada más. (*Sin resentimiento. Con ese deje de colgadito tierno*) Yo me he subido aquí para cagarme en la puta. ¡Me cago en la puta! ¡Y sobre todo me cago en la puta madre de los médicos! ¡Y sobre todo me cago en la puta madre de los dentistas! (*Aplausos*) Porque, si me quedan tres putos dientes, ¿por qué me los quieren quitar? Tengo tres dientes adelante, dos muelas en este lado y tres muelas en este. ¿Que se me mueven? Vale, pero resisten. Pero son míos. Pero tienen historia. Pero estos dientes conocen mi vida de cabo a rabo, y los que me quiere poner el del torno son de plástico y están muertos. “No hay nada que hacer”. “No hay nada que hacer”, eso es lo único que sabe decir el gilipollas. Y como es la *oenegé* la que le paga mi boca, pues, ¡hala!, a arrancar y se acabó. Pues estos tres dientes son míos, y si se empeñan en quitármelos, no vuelvo al dentista. He dicho.

Risas y aplausos. Pajarito baja del tabladillo.

MAGIA.— Bravo, Pajarito.

FRIDA.— *(Entrando en el foco)* Monólogo, compañeros, aderezado con sorpresa. Muchos de los que están aquí saben que yo estuve en la cárcel, ¿no?

MAGIA.— *(Interrumpiéndola)* Por favor, Frida, cariño, no te pongas trágica. Hoy estamos de comedia.

FRIDA.— ¿Y qué hacemos con la rabia?

Algunas voces expresan su opinión en contra de la gigantona con frases como "te la tragas, segurata" y cosas así.

MAGIA.— Frida es Frida, chicos. Imprescindible como el suelo mismo. *(Intentando llevar a su amiga por mejores derroteros)* Ah, ¿pero a que algunos no sabéis por qué la llaman así?

UNO.— Porque tiene bigote.

MAGIA.— Caliente, caliente...

FRIDA.— ¿Tengo bigote yo? ¿Tengo bigote yo?

OTRO.— No, porque te lo afeitas.

FRIDA.— De eso nada. Yo tengo una sombra aquí y no quiero quitármela. ¿Y saben por qué? Porque con esta sombra los hombres me respetan más. Saben que conmigo no hay pendejadas que valgan.

MAGIA.— Pero cuenta la historia de Frida Kalho, mujer.

FRIDA.— *(Enfrentándose durante su confesión, solo con la mirada, a los continuos comentarios malignos de sus oyentes)* Esta sombra me salió a los veintiuno. Hasta entonces, yo había sido una mujer